



Algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Malos tiempos para fantasmas

Agustín
Fernández
Paz



Tiempo de mudanzas

Clara aparcó el coche al lado del enorme camión de mudanzas. Después miró a su hija y, con gesto alegre, le dijo:

–Esta va a ser nuestra nueva casa. ¿Qué te parece?

Marta no contestó a la pregunta de su madre, pero bajó con rapidez del coche y se quedó parada ante el caserón que se alzaba, solitario, frente a ella. A aquellas horas del mediodía, con el sol de agosto iluminando intensamente el jardín, el soportal y la casa entera, le resultaba difícil imaginar que en un lugar así pudiesen haber ocurrido los extraños sucesos que le había contado su padre y que habían dejado una mezcla de curiosidad y desasosiego en su interior.

Por fuera la casa le pareció enorme, y aún se lo pareció más cuando, siguiendo los pasos de Clara, subió las escaleras del portal y entró en el espacioso recibidor. César, su padre, ya estaba dentro, junto con los de las mudanzas, que casi habían terminado de descargar todo lo que habían traído en el camión. Muebles, cajas y paquetes se amontonaban por todos lados. Marta y su madre tuvieron que andar sorteando los bultos, como quien recorre los caminos de un laberinto, para poder llegar a las escaleras que, desde el recibidor, llevaban al piso de arriba.

Las escaleras remataban en un espacio semicircular del que partían dos pasillos orientados perpendicularmente.

Clara, seguida siempre por su hija, se encaminó con paso decidido hasta una puerta que había al final del pasillo de la derecha.

—Ábrela —le dijo a Marta.

La niña abrió la puerta y entró en una habitación amplia y luminosa, con el techo muy alto y con el suelo de viejas tablas de madera. Frente a la puerta había un gran balcón por el que entraba la luz del sol, que lo inundaba todo con una claridad que invitaba a la alegría.

—¿Te gusta tu nuevo dormitorio? ¿Verdad que es bonito? —Clara miraba a su hija, que se había quedado parada en medio del cuarto sin saber qué decir,

aunque en sus ojos se notaba la agradable sorpresa que acababa de llevarse. A continuación, añadió:

—Bajo a ayudar a tu padre, que hay mucho que hacer. Y tú también debes echar una mano; puedes encargarte de que suban aquí tus muebles y todas las cajas que llevan escrito tu nombre.

La madre se marchó y Marta se quedó sola en el cuarto. El espacio era enorme, más del doble del que tenía en el piso en el que habían vivido hasta entonces, y la sensación de amplitud se veía reforzada por la ausencia de muebles. Se sentó en el suelo y contempló aquella habitación vacía que iba a ser su nuevo territorio. Era agradable sentir el contacto de las maderas del piso, tibias por el calor del sol. Por primera vez en varios días, sintió que le embargaba una sensación de calma. Con los ojos cerrados, Marta deseó intensamente ser feliz en aquella nueva etapa, tan cargada de incertidumbres, que se abría ahora ante ella.

Pronto tuvo que interrumpir su meditación, porque los operarios de las mudanzas comenzaron a subir todo lo que estaba destinado a los cuartos de arriba. En el suyo colocaron los muebles que ya tenía en el piso de Pontebranca: la cama, con la mesilla y el armario; después, la mesa de trabajo, las dos sillas y los módulos de la librería. Y, finalmente, la mesa con el ordenador que había sido de su madre, y que le habían regalado a ella cuando Clara compró un equipo más potente. Los muebles, en aquel espacio

tan amplio, parecían mucho más pequeños que antes, como si hubiesen encogido durante el traslado a la nueva casa.

Además, dejaron en la habitación seis cajas que llevaban escrito su nombre, «MARTA», con grandes letras rojas. Las mismas cajas que, solo dos días antes, habían llenado entre Clara y ella, en una tarde amarga que Marta prefería no recordar. En ellas estaban su ropa, los libros y los viejos juguetes de cuando era niña, además de otros objetos que guardaba en su dormitorio de la casa de Pontebanca, el lugar en el que habían vivido desde que ella tenía memoria.

Pasó las últimas horas de la tarde colocando cada cosa en su nuevo lugar, con escapadas frecuentes a las otras habitaciones de la casa. Por todas partes reinaba el mismo desorden: cajas abiertas, ropa encima de mesas y sillas, montones de libros, objetos tirados por los rincones más insospechados... Pero, poco a poco, todo fue encontrando su acomodo; a la hora de la cena ya estaba cada cosa en su sitio y apenas quedaban algunos libros y carpetas apilados en el suelo.

Para celebrarlo, salieron a cenar; en la nevera aún no había nada y, además, tenían ganas de conocer el lugar en el que iban a vivir. Montaron en el coche y, en poco más de un cuarto de hora, llegaron al centro de la ciudad. Cenaron en un restaurante pequeño y acogedor, situado en una plaza donde crecían unos enormes castaños de Indias. Para Marta, comer fuera

de casa siempre era una fiesta; le ilusionaba poder elegir entre tantos platos como contenía la carta, imaginar qué habría detrás de aquella larga lista de nombres, especialmente atractiva en el apartado de los postres.

Durante la cena no paró de hablar, lo mismo que sus padres. Los tres parecían contagiados por la excitación del cambio. César no dejaba de hacer bromas sobre la casa, repitiendo y ampliando las anécdotas que ya les había contado días atrás, cuando habían formalizado el alquiler. La madre se reía, y Marta también, aunque por dentro no acababa de entender por qué, habiendo en la ciudad tantas casas entre las que escoger, sus padres habían tenido que elegir aquella de la que se contaban unas historias extrañas e inquietantes.

Cuando acabó de colocar los libros en los estantes, Marta miró el reloj que tenía en la mesilla de noche. Pasaba de las once y media, era hora de ir pensando en dormir. Sabía que ya se debía haber acostado hacía un rato, le sobraban razones para estar cansada, después de un día tan agotador. Pero no tenía nada de sueño, y aún sentía por dentro la excitación que la había acompañado durante todo el día. Además, lo que habían hablado durante la cena parecía no querer írsele de la cabeza. «Papá lo toma todo a broma», pensó. «Pero a mí maldita la gracia que me

hace. Ojalá sea cierto que no haya ningún motivo para asustarse.»

Marta decidió no hacer caso de la hora, la cama bien podía aguardar un poco más. Todavía oía las voces de sus padres, que debían de estar acabando de colocar algunas cosas. Pensó en ir a ayudarlos, pero sabía que la mandarían otra vez a su habitación, con el encargo de que durmiese.

Lo mejor sería escribirle a Milena. Las promesas se hacen para cumplirlas, y Marta le había dicho cuando se despidieron que le escribiría el mismo día en que llegase. Y, bien mirado, todavía no era medianoche, llegaba justo a tiempo de cumplir lo prometido.

Cogió la carpeta donde guardaba las hojas de papel de carta. Eligió unas que le habían regalado en el último cumpleaños, de color azul pálido, en las que se adivinaba un fondo de árboles y montes nevados. Encendió la pequeña lámpara de la mesa, tomó el bolígrafo y se puso a escribir.

Querida Milena:

¿Sabes que pronto serán las doce de la noche? ¡La hora de las brujas! ¡Seguro que tú ya llevas más de una hora durmiendo! Pero yo prometí escribirte en cuanto llegase, y aquí me tienes, dispuesta a contarte todo lo que me ha pasado en estos dos días.

Ya estamos en la nueva casa. Esta noche pasada hemos dormido en un hotel, a la espera de que hoy

por la mañana llegase el camión de las mudanzas. ¡Tenías que ver cómo estaba todo cuando hemos entrado, casi ni se podía andar entre tantas cajas! No te imaginas el trabajo que nos ha dado desembalar y colocar cada cosa en su sitio.

La casa es grande y muy bonita, estoy segura de que te gustaría. Mis padres dicen que ha sido una suerte encontrar una tan bien situada y tan barata. Está a las afueras, justo al lado de un parque muy extenso. Desde mi dormitorio no veo más que árboles, es como encontrarse en medio del campo, y no en una ciudad.

Mi madre es la que más contenta está, porque aquí puede instalar el telescopio, ya te había contado que era uno de los miedos que tenía al trasladarnos. Porque si hubiésemos alquilado un piso, aunque fuese con terraza, ella dice que no habría podido ver bien las estrellas, pues en la ciudad hay demasiadas luces. Pero aquí, entre que estamos en las afueras y al lado del parque, la oscuridad que hay ahora es todavía mayor que la de las noches de Pontebranca.

Escribo *oscuridad* y, sin quererlo, me vuelven a la cabeza todas las historias que me contó mi padre. Ya sabes: ese rumor de que la casa está embrujada. Dicen que algunas familias que vivieron aquí tuvieron que soportar sucesos extrañísimos: oían ruidos raros, se les movían los muebles, las luces se apagaban solas...

Mi padre se ríe de historias así, él no cree nada de lo que le han contado. Asegura que los fantas-

mas empezaron a desaparecer cuando se inventó la luz eléctrica, y que los fenómenos raros no son más que los temores que la gente tiene dentro. Supongo que será como él dice, pero ahora mismo, a las doce de la noche y con todo el parque a oscuras, parece que también a mí me entra algo de miedo.

¡Será mejor que te hable de otras cosas! Vamos a pasar aquí el resto del verano, no sé qué voy a hacer tanto tiempo sola. Mi madre me dice que tengo que encontrar nuevas amigas, que me será fácil cuando empiecen las clases y pueda conocer a otras chicas. Supongo que tiene razón, que acabaré encontrándolas. Pero nuevas amigas no quiere decir abandonar a las que ya tengo. Y bien sé que os voy a echar de menos a todas, pero sobre todo a ti, que para eso eres mi mejor amiga.

Pronto dará la una, me está entrando el sueño. Y ya no sé qué más contarte, así que voy a parar. ¡Creo que es la carta más larga que he escrito en toda mi vida!

Muchos muchos besos de tu amiga.

Marta

Marta eligió un sobre que hacía juego con el papel, sabía que a Milena le gustaría recibir una carta tan bonita. Dobló las hojas y las introdujo en el sobre; después pasó la lengua por los bordes engomados y lo cerró. Finalmente, escribió el nombre y la dirección de su amiga, y puso en el remite sus nuevas señas: *Avenida del Parque 17*. Una dirección que no era la de

Pontebranca, la que ella estaba habituada a escribir; pero ahora tenía que acostumbrarse, esperar a que, con el paso de los días, acabase por hacersele familiar.

Decidió meterse en la cama, aunque el sueño se empeñaba en no hacer acto de presencia. Antes de acostarse, abrió las dos puertas del balcón y se asomó al exterior. Era una apacible noche de verano, sin apenas viento, y toda la extensión del parque aparecía iluminada por la luz de la luna. Más allá, a lo lejos, brillaban las luces del centro de la ciudad. Miró el cielo, acogedor y lleno de estrellas. Contemplando aquellos pequeños puntos brillantes, deseó que su madre instalase pronto el telescopio en la pequeña terraza de atrás. Sabía que eso ayudaría a que la vida en la casa se asemejase un poco más a la que hacían en Pontebranca.

Después de algún tiempo, Marta cerró el balcón y se metió en la cama. Cogió *El hobbit*, la novela que había comenzado la otra noche, en el hotel, y estuvo leyendo hasta que notó que los ojos se le cerraban y no se enteraba de nada de lo que leía. Entonces apagó la luz y se dispuso a dormir. Todavía no habían puesto las cortinas y se había olvidado de bajar la persiana. La luz de la luna entraba a través de los cristales y las sombras de los árboles se metían hasta el fondo del cuarto, como si fuesen seres de extraños brazos quebrados.

No pudo evitar que, una vez más, le viniesen a la cabeza todas las historias que había escuchado sobre la casa. ¿Por qué no era capaz de dormir, si tenía

tanto sueño? ¿Por qué por la noche todo parecía más terrible? «¡Ojalá fuese ya de día!», pensó, mientras trataba inútilmente de alejar de sí aquella sensación de desasosiego.

Cuando ya estaba a punto de quedarse dormida, un ruido seco la despertó. Al mismo tiempo, notó una corriente de aire frío que le llegaba hasta la cara y que le hizo abrir los ojos. Las dos puertas del balcón acababan de batir con estruendo. «El viento», pensó Marta, una vez que comprendió lo que había pasado. «Seguro que antes he cerrado mal y el viento ha abierto las puertas.»

Pero ya el miedo volvía a rondar por su cabeza. Trató de tranquilizarse, de hacer que se le calmase el corazón, que ahora latía veloz en su pecho. Una fuerte inquietud se instaló dentro de ella, unida al sentimiento de que estaba sola en aquel cuarto, en aquella casa, en aquella ciudad desconocida. Notó que le entraban unas intensas ganas de llorar, pero pronto se sobrepuso; no debía dejarse dominar por miedos ridículos, estaba claro que solo podía haber sido el viento el causante de aquel ruido.

Encendió la luz y se levantó de la cama. Con paso decidido, fue al balcón y se asomó al exterior. No se movía ni una sola hoja de los árboles, no había ni la más ligera brisa. «Qué raro, debe de haber sido una

ráfaga repentina, de esas que provoca el calor. ¿Qué otra cosa, si no?»

Volvió a cerrar las dos hojas del balcón, asegurándose de que esta vez quedaban bien sujetas con el pasador. Durante un tiempo, metida en la cama, permaneció inmóvil, con los ojos abiertos y los oídos especialmente atentos. Sus padres ya debían de haberse acostado y la casa estaba en total silencio. ¿En silencio? Cuanta más atención prestaba, más ruidos extraños oía Marta. Trataba de identificar el origen de cada uno de ellos, diciéndose que era normal que los hubiese; al fin y al cabo, aquella era una casa antigua, y, como afirmaba su padre, estas casas acostumbran a tener muchos ruidos.

De repente, quedó paralizada por el miedo. Acababa de oír algo distinto, un ruido apagado, como el de un mueble que se arrastrase por el suelo. Un ruido muy leve, pero que no procedía del exterior. ¡Algo se movía en el cuarto, en su propio cuarto! El corazón empezó a latirle con más fuerza, tenía la sensación de que sus latidos debían de escucharse en toda la casa. Mientras, el ruido proseguía, aunque Marta no sabría decir de qué lado de la habitación venía.

Súbitamente, las dos puertas del balcón se abrieron otra vez y golpearon con estrépito la pared. Marta sintió el viento en la cara, una ráfaga fría como la de los atardeceres de otoño. No sabría explicar por qué, pero le pareció que no solo era el viento el que

entraba a través del balcón; había algo o alguien más que ahora le hacía compañía en su cuarto.

Marta estaba paralizada. No sabía qué hacer. Quería gritar, pero no se atrevía. Apenas osaba respirar. «¿No es así como dicen que se quedan los pájaros cuando ven un halcón?», pensó, asustada. Entonces, en un movimiento repentino, levantó la manta con las dos manos y metió la cabeza debajo de las sábanas; permaneció así, quieta, como un animal acorralado que se esconde en su madriguera mientras el enemigo acecha fuera. Estuvo atenta a cualquier ruido durante un tiempo que le pareció interminable, sin que ni siquiera se aventurase a sacar ni una mano fuera de su cama-refugio. Y así, con el balcón abierto y dormida entre un amasijo de ropa, fue como su madre la encontró por la mañana, cuando entró en el dormitorio para despertarla.